

LA SEMANA ILUSTRADA



NOVELA CORTA DE LA SEMANA.—Los perseguidos, por Parmeno.

(Léase en las planas 2.^a y 3.^a de este número.)

La Semana Ilustrada

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

Año III.

Madrid, sábado 6 de Febrero de 1909.

Núm. 93.

NOVELA CORTA DE LA SEMANA

LOS PERSEGUIDOS

POR FARMENO

Cuando entró el pequeño deslizando por el corralón con más agilidad que un corzo y menos ruido que una lagartija, el matrimonio y la abuela rodearonle azorados.

—¿T'habrán visto?

—¿Qué m'habían de ver! El nene va detrás de ellos.

Cerraron la puerta, que giró silenciosa sobre los goznes lubricados, y agrupáronse frente al ventanillo, contemplando trémulos el incendio. En los cielos, entoldados por foscas nubes, se apagaba el pálido claror del crepúsculo; las aves se recogían en las frondas, y las luciérnagas preparábanse para los nocturnos paseos encendiendo sus verdes linternitas. El solano galopaba furioso, desnudando árboles, y las llamas, que respondían a su bronco ulular crepitando gozosas, desde las brasas del zarzal subieron hambrientas al resaca del dintel de la portada, y la mieron el tejero y coronaron la tapia de rubias greñas chisporroteantes. El corral tiñóse a su lumbré de escarlata; las higueras despertaron sorprendidas de aquel amanecer que las vestía de púrpura; los granados miráronse con asombro en el espejo de la cisterna, y las yerbecillas humildes se incorporaron escandalizadas de que no alegrasen aquella misteriosa aurora clarines de gallos, cantaleos de palomos y pipiar de pajarillos. Pero el fuego duró poco. Devorado el zarzal, agazapáronse hartas las llamas, en el seno del rescaldo, y yerbas, granados e higueras volvieron a dormir, hundiéndose en la oscuridad. Entonces, Porreta el Jaro, sin miedo ya, atrancó el ventanillo mientras la abuela encendía un candil, que pobló de sombras las negras paredes, y comenzó a pasear con la testa inclinada y los enormes brazos colgantes.

Todos los individuos que componían la familia eran monstruosos. El padre, con las melenas sanguinosas, mezuquino de estatura, cuadrado, sostenía sobre unas fornidas piernas de enanillo un tronco hercúleo; sus brutos ojos escondíanse, al acecho, como dos bestias cobardes y rapaces, detrás de la espesura de las cejas, y su hocico contrafise en un mohín amargo de glotonería jamás saciada. La madre, carirredonda, pingüe, esférica, lactaba a un oseño cobrizo, envanecida de su macidez; la abuela, con el rostro decorado por una perilla cabria y el cráneo semicubierto por una cabellera raleante, parecía un maniquí de cordobán; y los nietos, que heredaron el color de la madre, tenían el tronco gigantesco, las patejas enanas y la pelambre bermeja del que los engendró.

La viejecilla, sobre el tronco que servía de mesa, puso un ancho lebrillo; volcó en él las entrañas de una olla cuartelera donde hubiesen bailado los pernils de un toro, llenándolo hasta los bordes de una masa caldosa de tagarninas, patatas, garbanzos y chícharos, de la que emergían rabadillas de tordos, nalgas de conejo, alones, muslos y cabezas de codornices y alondras, y dorados cachos de tocino, y los Po-

rreta, haciendo cucharas con los pétreos cortezones del pan, empezaron a comer entre chasquidos de lengua y rechupeteos golosos, triturando los huesos de lepóridos y aves como si hubieran sido de manteca.

Estaban junto al antiguo molino, en un enorme depósito unido por un corredor a una gran nave ruinosa, en la que veíase el descomunal esqueleto de una viga. Frente al ventanillo agonizaba la lumbré en dos latones que, sabiamente modificados, servían de anafes. Las tinajas, desportilladas, empotradas en el suelo, con brechas en los vientres oscuros, aineábanse a ambos lados de la estancia, y convertidas en despensas, graneros y cómodas guardaban las legumbres secas, el trigo sin trillar, escondido en las pajizas espigas, las chamarretas invernales, las falas corcudas y calandrajosas, los serijos llenos de brevas y granadas y los harneros con gajos de uvas frescas. Pendiente de alcavatas, la caza adornaba los muros con sus tibios tapices de pelos y plumas.

*

El pequeño que había seguido a los incendiarios llegó mediada ya la cena, y dejando la inflada burxaca entre las garras de su padre, se puso a comer vorazmente.

—Son forasteros—decía entre morisco y morisco—. Venían con

el tío Pelao, el boticario y el maestro Bonito. Han estado en la jesa de comilona, apipándose hasta ayer.

—Y ¿dónde son?—preguntó la madre.

—De Seviya. Gente gorda. Ilban p'la estacion con una túrdiga, virgen santal... Tós pega do cambayás, y sortando jumo por las pipas, y vengán retólicas y vayan retólicas... —Sinvergónson, sí!

Aquello del viaje tranquilizó algo a Porreta. Forasteros tenían que ser y borrachines sin miedo al diablo ni temor de Dios, capaces de todas las abominaciones, para acercarse a un caserío que era el espanto de los hombres más valientes del contorno.

Precisamente por el terror que su leyenda inspiraba se establecieron en él. Fué una idea de la vieja. El Jaro, que en su juventud había sido uno de los salvajes más admirados de la provincia por la gentileza con que comíase en un banquete un cordero o un par de cabritos, dejando de tragar sólo el tiempo indispensable para el descanso de las quijadas, al aventar lindamente las hazas, el olivar y el cortijillo que constituían su patrimonio, perdió gran parte de sus simpatías. Poco después, uniendo su terrible apetito al lobuno de la zarrapastrosa que eligió por compañera, empezó a aumentar el vecindario tan activamente con rollizos tragadabas, que hizo odioso. ¿Qué se proponía aquel

bruto? Por ventura, ¿se iba a mandar todo el pueblo?

Porque el Jaro, que con la peseteja del jornal empleada en teleros, no tenía ni para distraer uno de sus dientes, decidió renunciar al improductivo trabajo y vivir de su ingenio. Habíase refugiado la familia en un portal que se mantenía firme sobre los cimientos por un milagro inverosímil de equilibrio, y en su madriguera se aguantaba mientras disponía de algo nutritivo. Y si era indispensable almacenar materiales para la andorga, lanzábanse al pueblo los chicos y la vieja y mendigaban, y apoderábanse al menor descuido de las hogazas tiernas o de los crasos morcones, y recogían los despojos arrojados por las comadres y las caballas tiradas por el pescadero, repapilándose después con la masa azulina de los blandos cuerpos venenosos, sin que jamás protestasen sus mollejas bronceadas. Al campo hacían también gallardas excursiones y vendimiaban viñas, asaltaban huertos, recolectaban aceitunas y esnigas en olivares y sembrados, y disputaban a los cerdos cebones el dulce fruto de las encinas.

Porreta, el pobre no sabía más que en los aprietos supremos, cuando, acosado por el hambre, le temblaban las piernas como a un lobo en Enero, y sus salidas hiciéronse temibles porque despoñaban corrales, pocilgas y apriscos. Hasta llegaron a decir los labradores, calumniándole villanamente, que robaba caballerías, acusación sin el más leve fundamento, puesto que los Jaros, a pesar de la enorme amplitud de sus tragaderas, no hubieran logrado merendarse un mulo y sólo merendándose lo habrían conseguido ocultar su delito.

Lo cierto es que la familia de galloferos llegó a inspirar tal espanto, que las mujeres no dejaban la escar a los trasplados chiquitines ni en el arroyo, y que los hombres perseguían con tan fiero tesón al bravo Porreta, que éste, diariamente acusado de hurtos, iba del Juzgado a la cárcel y de la cárcel al cuartel, sin tiempo, fuerzas ni humor para planear la más inocente travesura. En tal situación, cuando la horrible violencia de la gazuza les obligaba a ingerir hasta yerbas y cuero, una noche invernal, el portalillo, harto de que le empujasen vendavales y le azotasen lluvias, y cansado de soportar la pesadumbre de sus vigas torcidas y sus tejas jibosas, se les echó encima de golpe, con el bellaco propósito de apastarles, y los pantagruelos, sin dinero ni casa, pero con un lucido caudal de cardenales y chichones, se vieron a merced de sus enemigos.

Los cuales, decididos a coronar dignamente la honrada obra comenzada por el portalillo, reunieron en la alcaldía y después de aplaudir un noble discurso del Pelao, destinado a probar el fin desastroso que remataría la existencia de los pedigüños, acordaron impedir a todo trance que aquella vilísima ralea destruyese el prestigio de la locali-

dad. Tan buen efecto produjo lo acordado, y con tanta fidelidad fué cumplido, que, a partir de la reunión los Jaros, que no podían acercarse a un tapial sin que cayera sobre sus costillas un diluvio de golpes, ó les saonara las nalgas un tiro de sal, tuvieron que huir de sus fértiles dominios, contentándose con merodear por sus alrededores. Pero ni en ellos les dejó tranquilos el encorno de sus perseguidores, que iban bastantes madrugadas a desaliarles. Dormían en el horno de un alfar abandonado, y al aproximarse los jaques labadores, anunciándose con bramidos y pedradas, alebrábanse junto al pecho maternal los chiquitines, y la abuela, llorosa, renegaba maldiciente. «¡No salirvos, que esos jua sos van a escalar! ¡Mardesios y retemardesios sean por el Señor!» El Jaro procuraba conservar la calma; pero el zumbido de las piedras y la greguería insolente de los guapos encendíanle en ira, y entonces, venciendo el ahilo de su estómago, sin roncadas baladronas, saltaba rebulliendo de su cubil, feroces los ojos a la rojiza melena enrepada, y se batía con la intrepidez de un león, logrando muchas veces escarmentar a sus agresores.

Y de pronto, después de una brava escaramuza, los hornos del alfar quedaron vacíos, y no volvió a verse en las campañas ni la sombra de un Porreta. ¿Dónde estaban los miserables?... El sacristán sostuvo que se los había llevado el demonio para atiborrarles la panza de tizonas; el alcalde insinuó que los foragidos podían haberse trasladado a otras tierras menos rígidas para seguir robando, y todo el pueblo comentó durante semanas y semanas el acontecimiento, en apariencia con júbilo, pero sordamente indignado, deplorando aquella fuga que le quitaba su comida, su diversión, sus terrores... Sin los Porretas, quedaban privados los labriegos de todos donde desahogar sus iras, y las comadres de pretextos para chillar, lamentándose de hurtos a veces imaginarios, y la chiquillería de ocasiones para fingir miedo apedreando a la bruja, que les enseñaba el puño amenazador y corría cubierta de lodo, palpitante, con su barba de chivo constelada de lágrimas.

Caminó el tiempo. Un día supo el Pelao que los chicos de Porreta merodeaban en una aldea próxima otro día se presentó en su despacho el sacristán lleno de tolondrones, con el pestorejo arañado y un ojo como una gamboa, diciendo, todo medroso, que el Jaro le había tundido a coces, casi al entrar en las calles, noticia que puso de punta los pelos de la autoridad y hasta las borlas de su bastón de mando. Y luego nada volvió a saberse de los bandidos... «Habrá emigrado.» «Habrá muerto.»

*

No habían emigrado ni habían muerto los valerosos hambrones. Y tan cerca de la aldea estaban, que podían ver diariamente la vetusta



caperuza del campanario, los euclipsos de la estación, las vidrieras de colores del alcalde y los escombros herbosos de su antiguo portal, sin más trabajo que el de subir a un torcón que mantenía firme en la casona, seguros de que nadie les descubriría en su escondrijo.

Porreta frecuentó la finca veinte años antes, cuando las trojes, colmadas de aceitunas, cebaban los rulos y pringaban los alfarjes; cuando la viga, gruñendo, exprimía capachos en el plato de la bomba, y estaban llenas de aceite las tinajas, y el palomar de palomas, y de trigo los graneros, y en el corral un averío gordo y cacareante corría todas las mañanas hacia los balcones, al aparecer en ellos tres lindísimas señoritas que arrojaban puñados de rubia avena por los aires. La ruina no entró en aquella casa hasta el negro año del cólera. El propietario, con su mujer, sus hijas mayores, una camada de chiquitines y un escuadrón de criados metióse en el caserío huyendo del cruel azote. Cerró a piedra y lodo sus puertas, recibiendo poco menos que á tiros á los visitantes por si traían el espantoso mal, y allí vegetó con los suyos, y comieron los patos, las gallinas y los gorrinos caseros, y el pan amasado con la harina propia, y bebieron el agua extraída de su cisterna y el vino añejado en sus toneles. Y sin embargo, burlándose de todas las precauciones, el cólera llegó: en el aliento de un caminante; en el suspiro de la brisa, en las alas de un pájaro, en la gota que se filtró en el pozo, en el mosquito que se ahogó embriagado en un barril...

Y un día, el padre, exhalando trágicos alaridos, apareció en el sendero, solo, sin la mujer, sin las gentiles señoritas de la avena rubia, sin la camada de pequeñuelos, sin el escuadrón de criados, y poco después vieron las picazas cargar de cuerpos rígidos unas carretas, que se alejaron, hundiéndose en los anchos rejeles, seguidas por el buen caballero. La casona maldita quedó abandonada.

Olvidado, sin defensa contra la Naturaleza invasora, fué envejeciendo lentamente el edificio. Sobre las tejas, musgos y jaramagos formaron una cabellera frondosa; las paredes, entregadas sin la alba coraza de la cal á los furores del solano, exhibieron vergonzosas sus pochos entresijos, y las gaviotas tejieron una red de canales y remansos, viveros de ranas croadoras. La dehesa extendió bajo el suelo, removiéndolo, sus más fornidas raíces, y las gramas osadísimas conquistaron el terreno sin labrar, y los sobrios yerbajos parásitos, sirviendo de avanzadas, borraron los senderos y cer-

caron de esmeraldas las guijas del soladillo y las piedras de los umbrales, para mostrar, heroicos, el camino á las ágiles trepadoras, que reptaron tenaces por los muros y curiosearon en las cámaras, abriendo paso á la dañina legión de los insectos... Un otoño, en Noviembre, el temporal desplomó varios techos; las puertas, alabeadas, sin la protección de pinturas y barnices, hendiéronse, y las zarzas, que habían ido

altas ramas, lejos de los abejarrones acampados en el musgo y de las lagartijas que asustaban á sus hijuelos, colgaban sus nidos primorosos.

Á los Jaros les pareció la finca un paraíso, y con una actividad febril afirmaron las paredes del depósito, limpiaron la cisterna de culantros y ovas, ahuyentaron á los insectos destruyendo sus colonias, y libres de terrores, inauguraron una nueva vida, lejos del mundo, protegidos

encerráronse temblorosos en su madriguera. Con el Pelao entraron en el corralón el maestro Bonito, el boticario, tres albañiles, los dos señores forasteros y la pareja de la guardia civil. Examinando las ruinas, el farmacéutico, espíritu sentimental, que admiraba el bosque de higueras y granados y que se conmovía ante las paredes bordadas por el musgo y los tejados vestidos de sedoso verdín, lamentábase de que fuese

ra, comprobando lo dicho por los guardias. Los Jaros, con la angustia de alimañas descubiertas, conteniendo la respiración, miraban por las rendijas de su cuchitril, y al retumbar en las maderas el primer culatazo, retrocedieron instintivamente, sin contestar á la imperiosa orden: —¡Abrid á la guardia civil!

Todos aguardaron anhelantes. Los sitiados, aferrándose á la esperanza loca de que se marcharan los sitiadores, continuaron haciéndose los sordos; pero redobló el ímpetu de los golpes, se entreabrió la puerta rudamente sacudida, y entonces Porreta, como en los días en que saltaba del horno para luchar con los aldeanos agresivos, encrespaba la rojiza melena y encarnizados los ojos los feroces.

—No abro, cochinos!—bramó—¡Al que s'arrime lo estroso!

Hubo un momento de temerosa perplejidad. ¿De qué pecho leonino brotaba aquel estentóreo vocejón?... Los señoritos pusieron á honesta distancia, escoltados por el farmacéutico, y los del tricorno, después de hablar con el alcalde, cogieron, ayudados por los albañiles, una sólida viga y batieron con ella la puerta. Sólo aguantó una embestida; á la segunda hundiéndose destrozada; y el Jaro, contuso, entre nubes de polvo, arrojóse empujando un horcón sobre sus enemigos y repartió golpes, haciendo rodar descalabrados á guardias y albañiles, hasta que por fin, con la frente abierta y el cuerpo macerado, chorreando sangre y sudor, tuvo que rendirse, vencido por el número.

El alcalde lloraba de alegría. ¡Era Porreta! Porreta, que acababa mal, como él pronosticó; Porreta, que estaba allí, en sus manos, inmóvil, entre sus hembras y sus cachorros, recordando seguramente sus fechorías ante la proximidad del castigo. Envió á uno de los peones, hijo del sacristán, para que diese la noticia, y el hombre arrancó hacia el villorrio, más veloz que un caballo. Ya tenían otra vez los labriegos espaldas donde desahogar sus iras, y sus mujeres pretexto para escandalizar, lamentándose de hurtos casi siempre imaginarios, y sus chiquillos ocasión para aterrarse, apedreando á una bruja barbada, y sus perros carne infantil donde ensayar el filo de los dientes.

—Arzando con eyos. ¡Alante, guardias!

Y los terribles malhechores, esposadas las mujeres, sujetos por el Pelao los chicos y atasajado en un mulo Porreta, remontaron clamorosos la pendiente, seguidos por las autoridades, la burguesía y los obreros. Delante, volaba agitando su gorra el peón, y á lo lejos, ceñido por las miserables linternas de un arroyo, el pueblecillo, con hambre de justicia, se desparezaba risueño entre las glebas.



socavando junto á los cimientos, prontas á aprovecharse de cualquier debilidad, auxiliadas por las aguas inmóviles, sacaron de la tierra sus uñas de acero, y agarrándose á intersticios y rebabas, afirmáronse en las maderas rotas, y metieron sus brazos flexibles por rendijas y portillos, y sacaron á tironazos sus cuerpos espantables, que obstruyeron ventanas y puertas, guardando el caserío con las cien mil punzantes lanzas de sus tentáculos. El trigo germinó en los graneros. Las higueras, viciadas, cegaron la cisterna, y sus retoños, creciendo libres, transformaron el corral en un bosque, y á él acudían en primavera las oropéndolas, y en los ápices de las más

por la dehesa que les daba, munífica, el sustento, y arrullados por la jocunda voz de los campos.

De día preparaba Porreta sus artugios de caza, afinando cimillos, engrasando costillas y remendando albanegas. Los muchachos, expresándose por gestos, riendo silenciosos, con un sentimiento de la prudencia tan alto que les enseñó hasta á gritar sin que los gritos pasasen de la garganta, jugaban en el corralón mientras los mirlos silbaban en el bosque, y los traidores arrendajos ensayaban sus farsas asesinas, y buscaban torneos los alcaudones épicos, y las esquilas de los trajinantes allá muy lejos, muy lejos, muy lejos, entonces la canción animosa de los caminos. De noche internábanse en el monte para colocar lazos y trampas, andando de puntillas sobre las hojas, atentos al ladrillo confuso de los mastines. En la espesura oían el galope vertiginoso de las liebres, y veían parpadear, misteriosas, en medio de la bruma, las fogatas de los pastores. Si pasaba algún tren, padre é hijos arrojaban á la vía tremendos pedruzcos, por odio á aquella brutalidad trepidante que alejaba con su carga de gente rica, de bárbaros soberbios, apaleadores de los infelices desparramados por el mundo.

Jamás se asomó nadie á sus tapias. Los pelantrines, los zagales y los huebreros evitaban verse frente al caserío, y si pasaban junto á sus muros, persignábanse devotos. Con su segur más cortante que todas las márcolas, custodiábalo la muerte, y los perseguidos, escudados por el terror, engordaban dichosos, cuando los sevillanos y sus amigos tuvieron la maldita idea de quemar la portalada.

*

Pasó un mes. Los Porretas, confiados y tranquilos, hacían su vida ordinaria, sin acordarse siquiera de los borrachones incendiarios. Una mañana, apenas pisaron el corral, oyeron en la dehesa campanilleos y voces que fueron acercándose, y poco después sintieron remover los matojos con que habían reparado los estragos del fuego.

—¡Hola! ¿Quién habrá hecho esto?

—Es raro.

—Rarísimo. Una trinchera.

El alcalde era uno de los que hablaban, y en cuanto le reconocieron,

borrada aquella poesía por las salvajes piquetas. Hubiera sido muy hermoso respetar la casa para que siguiese albergando, llena de misterio, á las hadas y los duendes de la campiña. Los civiles escuchábanle socarrones. Habían visto huellas recientes en la tierra húmeda, un cubo oscilante en la cisterna y un cimillo en el más frondoso árbol, y seguros de la eficacia de sus observaciones, le interrumpieron dirigiéndose hacia el depósito.

—Los duendes que haya aquí, son de carne y hueso como nosotros, señor boticario. Fijense ustedes: un pie grande con sus cinco dedos, mondaduras de papas, un cubo nuevecito, una varilla para amarrar cimbeles... Y ahí, en esa puerta, ¿hay yerbajos en el umbral ó telarañas en los rincones?

Quedó suspensa la gente invaso-



PARMENO

VISITA DEL REY A LA ESCUELA DE MINAS



DON ALFONSO A SU LLEGADA Á LA ESCUELA
EL SÁBADO ÚLTIMO



LOS ALUMNOS DESPIDIENDO AL MONARCA EN EL PORTICO DE LA ESCUELA

(Fots. Alfonso)



EL INFANTE DON FERNANDO EN LA INAUGURACION DE LA NUEVA
IGLESIA DEL HOSPITAL D^e SAN PEDRO



EDIFICIO EN DONDE SE HALLA INSTALADA LA BENÉFICA INSTITUCIÓN PARA SACRISTANES POBRES

(Fots. Alfonso.)

FORMIDABLE EXPLOSIÓN E INCENDIO EN UN LABORATORIO

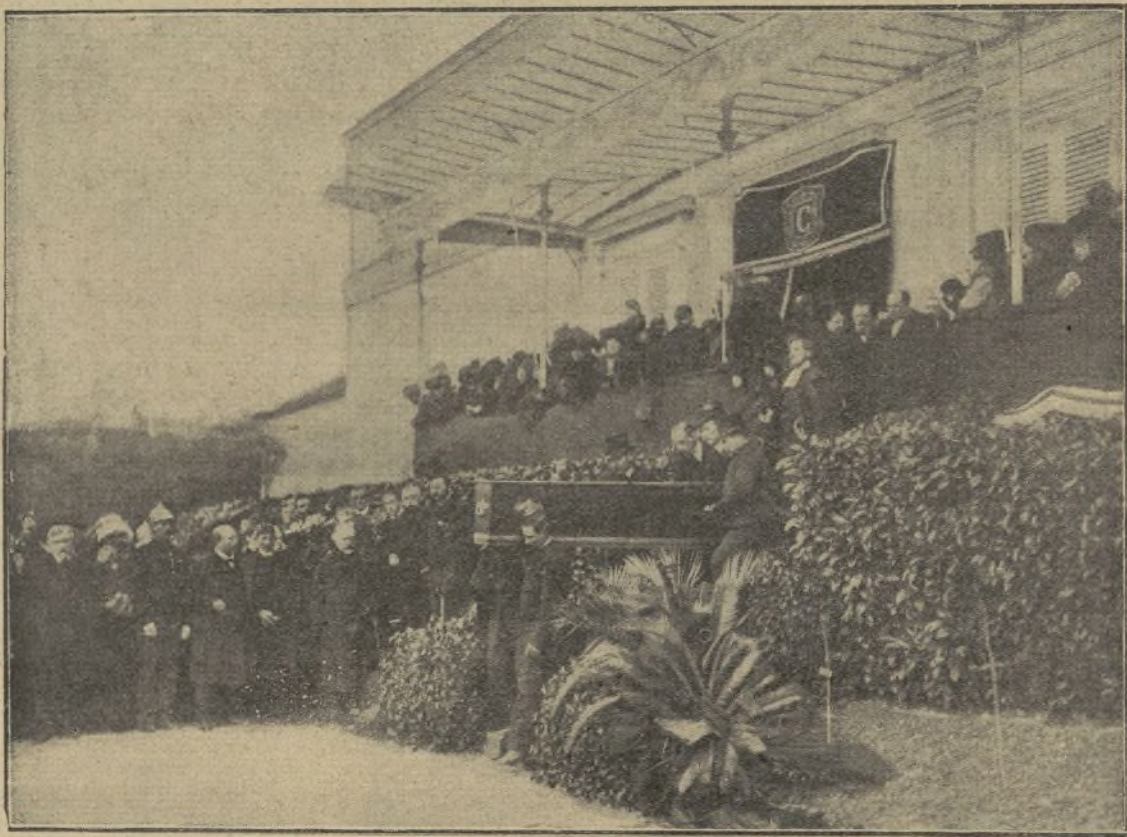


INTERIOR DE LA HABITACIÓN EN DONDE REVENTÓ LA CALDERA DE GAS
PRODUCIENDO UN VIOLENTÍSIMO INCENDIO



INTERIOR DE LA CASA SINIESTRADA, NÚMS. 19 Y 21 DE LA CALLE DE FUENCARRAL,
Y QUE Á CONSECUENCIA DE LA EXPLOSIÓN E INCENDIO AMENAZA DERRUMBARSE

LA MUERTE DEL MAS AFAMADO ACTOR FRANCES



MOMENTO DE SACAR EL CADÁVER DEL GRAN COMEDIANTE DESDE SU FUNDACIÓN DE POUT-AUX-DAMES.—EN EL CORTEJO FIGURA EDMUNDO ROSTAND

(Fotografías Delius.)



COQUELIN, MUERTO EL DÍA 27 DEL PASADO ENERO



EXTRAVAGANCIAS YANQUIS.—LA ESPLÉNDIDA CUADRA DE CABALLOS DEL MILIONARIO ASTOR, TRANSFORMADA EN COMEDOR LUXOSÍSIMO, Y EN DONDE LOS CRIADOS SIRVEN VESTIDOS DE JOCKEYS



EL MATRIMONIO MÁS PEQUEÑO DEL MUNDO.—MARIDO Y MUJER SON TAN PROPORCIONADOS, QUE SE LES CREE UNOS NIÑOS.—NUESTRA FOTOGRAFÍA LOS REPRESENTA COMPRANDO FLORES EN UNA CALLE DE PARÍS.—(Fot. Delius)



LOS PERIODISTAS SEVILLANOS.—ALMUERZO VERIFICADO EN SAN JUAN DE AZNALFARACHE. PARA CELEBRAR LA CONSTITUCIÓN DE LA ASOCIACIÓN DE LA PRENSA



LA FIESTA DEL ARBOL EN SEVILLA.—UN TROZO DEL PARQUE DE MARÍA LUISA, DONDE SE HA CELEBRADO LA TRADICIONAL FIESTA.—(Fots. Giraldez.)

UNA "VIRTUOSA,, DE TRES AÑOS



PILAR OSORIO, HERMANASTRA DEL PRODIGIOSO ARTISTA PÉPITO ARRIOLA, Y QUE, COMO ÉSTE, EMPIEZA A TENER FAMA MUNDIAL, HABIENDO TOCADO EL PIANO ANTE EL EMPERADOR GUILLERMO (Fot. Delius)



EL CURA D. ROMÁN PLAZA, COMPLICADO EN LAS ESTAFAS DEL FALSO DUQUE DE BAENA



JESÚS TÉBAR, CARTERISTA, QUE PRENDIÓ FUEGO A SU CELDA EN LA CÁRCEL MODELO

UN NUEVO MONUMENTO EN ZARAGOZA



INAUGURACIÓN DEL OBELISCO, REDUCTO DEL PILAR, CON ASISTENCIA DE LAS AUTORIDADES Y NUMEROSÍSIMO PÚBLICO.—DESFILÉ DE LA INFANTERÍA (Fot. Freudenthal).

Catedráticos franceses que han venido á Madrid á dar conferencias en la Universidad Central.



MR. THÉRMIN, Rector de la Universidad de Burdeos.



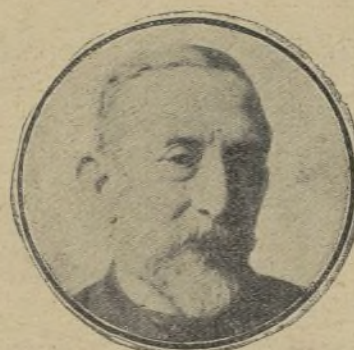
MR. HENRI LORIN, Profesor de Geografía colonial.



MR. PAUL LAPIC, Profesor de la Facultad de Letras.



MR. MOURE, Profesor de la Facultad de Medicina.

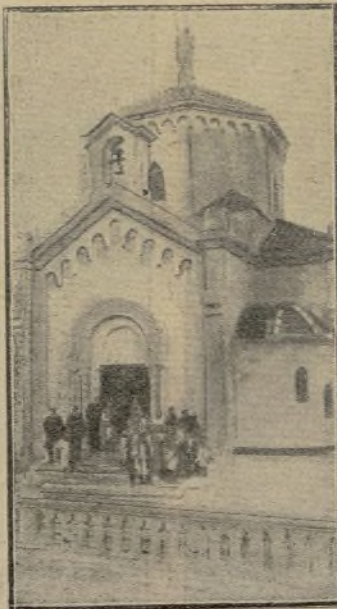


MR. PITRES, Decano de la Facultad de Medicina.

LA SEMANA EN BARCELONA



EXPOSICIÓN DE ROPAS QUE LA COLONIA ITALIANA HA CONFECIONADO PARA LAS VÍCTIMAS DE LOS TERREMOTOS



CAPILLA CONSTRUIDA EN MAS-KOU Á EXPENSAS DE D. B. FONTANALLS Y ROSES, CON UNA CRIPTA PARA ENTERRAR Á LOS POBRES



EXPOSICIÓN DE ARTE RESTROPECTIVO INSTALADA EN EL CENTRO DE VIAJANTES—(Fots. Moragas.)

¿EL HOMBRE DESCIENDE DEL MONO?

Recientemente se ha descubierto un esqueleto, en el que se pretende encontrar el famoso «eslabón» que separa al hombre del mono.

¿Será cierto que nuestro primer padre es un apreciable chimpancé?

—¡Sí!—dicen unos con aire de convicción profundísima.

—¡No!—exclaman los demás alarmados, viendo su humana dignidad en peligro.

Nosotros permanecemos neutrales, ateniéndonos sólo a lo que sobre el particular han escrito muchos de los sabios que han dedicado sus estudios a averiguar el origen del hombre. «El hombre es un dios caído que se creó en los cielos».

Esta definición, demasiado poética para la mentalidad de los hombres de este siglo, tiene un significado histórico-filosófico. Es el eco débil, apenas perceptible de una religión antropomórfica, desparecida ya y que es de preciar por su valor documental y por su marca en la idea de una etapa evolutiva.

Darwin Huxley, Gegenbaur, Zittel y otros dicen al hombre: «Con que eres un dios y descendes del mono?»

¡Alejandro el Grande, César, Napoleón, Pasteur, Berlioz, tuvieron por antepasados el orangután y el gorila!

Francisco Sarcey dijo estas palabras que se hicieron célebres:

«El hombre es un mono cuya cola desapareció a fuerza de santarse».

Desde el punto de vista científico, pueden oponerse algunos reparos a esta «eficiencia» tan primitiva para el humano «orangután», pero no de jactancia, sino de muy buena consideración, que un sabio, como la tala de Sarcey se haya atrevido a formular tan concluyente principio.

Si fuéramos a dar la lista de todos o grandes hombres que han sacado tinteros tratando la cuestión origen de este artículo, necesitaríamos todas las

«Todo órgano se desenvuelve en razón de la utilidad que reporta y del trabajo a que está sometido».

Es decir—escribe un humorista—que si un caracol siente la necesidad de rascarse, al punto le brota un brazo y una mano con sus uñas.

Alrededor del caso anormal e menzaron a surgir ruidosas polémicas, cuando el sabio Metchnikof leyó en su voz autorizada, y dijo: Este pretendido descubrimiento sensacional no es más que un «primato antropomórfico» como los hay en todos los museos zoológicos.

aseveraciones respecto al origen de los antepasados del hombre responden en absoluto a la verdad, porque la serie histórica de vertebrados fósiles correspondiente en un todo a la serie evolutiva morfológica que nos hacen conocer la anatomía y la ontogenia comparada.

la *monere*. De esta forma inicial se deriva la del hombre pasando por una veintena de tipos transitorios.

Según el naturalista de que hablamos, los más próximos antepasados del hombre son los antropomorfos sin cola, tales como el orangután, el gorila y el chimpancé. Todos vienen del mismo tronco, de un tipo cuyos últimos descendientes es el macaco.

Aunque la distancia entre los antropomorfos y el hombre no parece tener mucha importancia para Haeckel, él mismo ha reconocido que era necesario admitir la existencia de un estado intermedio entre el hombre de hoy y el mono que todos conocemos.

Este es hipotético, del que no se ha encontrado en el mundo el menor vestigio, constituye el tipo *teórico* de la modificación que hace falta absoluta para llegar a la especie humana. Haeckel le llama el *homínido* o el *pithecoide*. No obstante, aún no se han atrevido los sabios a concederle lenguaje articulado ni la conciencia del yo.

Mr. de Quatrefages, escéptico pero sabio, no niega nada, pero rehúsa admitir *a priori* y para las necesidades de una clasificación científica, la existencia del hombre mono, creación artificial de Darwin y de Haeckel y que es artículo de fe para los «monistas».

Después de haber leído cuanto precede, juzguese del interés que despertaría la noticia publicada en la Prensa del descubrimiento del hombre mono, del «eslabón» para hablar el lenguaje de Darwin.

Pero vamos a decir que las ilusiones de los monistas rodaron una vez más por el suelo, no habiéndose podido comprobar—como ellos pretendían—que el hallazgo famoso tuviera la decisiva importancia que se le atribuyó en un principio.

No se desengañen por esta derrota los que a todo trance se



Esqueleto humano y los de cuatro antropoides.

Br mas aparte, ocupémonos del punto de vista de la historia, y lo más a que la ha traído el descubrimiento de que hablamos al principio de estas líneas y que presta a la materia el encanto de la actualidad.

Hace algunas semanas los periódicos parisinos nos contaban esta historia.

El Museo de Historia Natural acaba de descubrir con un curioso hallazgo: el esqueleto de un mono, del que se puede afirmar que servía a su dueño para andar en actitud bipeda. Apoyando la autenticidad de

gicos, con la sola diferencia de que el animal objeto de la controversia padeció en vida una deficiencia ósea, que por un fenómeno de orden natural le hizo «diestrase en la marcha bípeda», y que por su enfermedad le era imposible adoptar la actitud cuadrúpeda.

Tan sencillo argumento ha venido a destruir las ilusiones de los darwinistas a *outrance* y que asíaban en el esqueleto anormal una prueba concluyente para el triunfo de sus ideas.

De Lamarck en su *Filosofía zoológica*, de nuestro país mismo proviene de transformaciones naturales efectuadas a través de una serie de mamíferos parecidos al mono.

Darwin expone la misma opinión en una obra en dos volúmenes que se titula *Los antepasados directos del hombre*.

Huxley combate estas teorías en un famoso tratado llamado *Los hechos que testimonian el origen del hombre*.

Oigamos, en fin, al célebre Haeckel:

«Busquemos los antepasados más directos del hombre, no sólo entre los mamíferos del período terciario, sino en la extensa lista de animales que han vivido en épocas anteriores a la historia de la tierra y que tuvieron su desenvolvimiento a través de un número incalculable de años».

Y en 1866 había yo comenzado a buscar una solución hipotética a ese gran problema histórico, en mi *Morfología general* (de la evolución de las formas de animales y plantas).

Continué desenvolviéndolo en 1874 en mi *Antropogenia* (estudio del origen del hombre). Contiene ese libro la evolución de la raza humana, que en el estado actual de nuestros conocimientos se acerca más al fin lejano de la verdad.

Ahora trabajo en la *palaeontología* (estudio de las razas) y en la *ontogenia* (estudio de las transformaciones de un ser); así, el hombre, por ejemplo, pasaría por el estado de pez, reptil, pájaro y mamífero.

Sin duda alguna, esta hipótesis sobre la descendencia humana es más tarde confirmada, cada una en particular, por las rebuscas filogenéticas, que serán la gloria del futuro.

Yo estoy convencido que mis

Darwin y Haeckel han dicho la «última palabra» acerca de la curiosa materia que tratamos. El primero, en su importantísima obra sobre la «descendencia de los seres» y el segundo en su *Historia de la creación de los seres organizados*. Este último estudio más, frecuentando el cuadro genealógico de nuestro supuestos antepasados, partiendo del animal cuya organización es más sencilla.

Darwin y Haeckel, o sean maestro y discípulo, marchan casi siempre de acuerdo. A es-



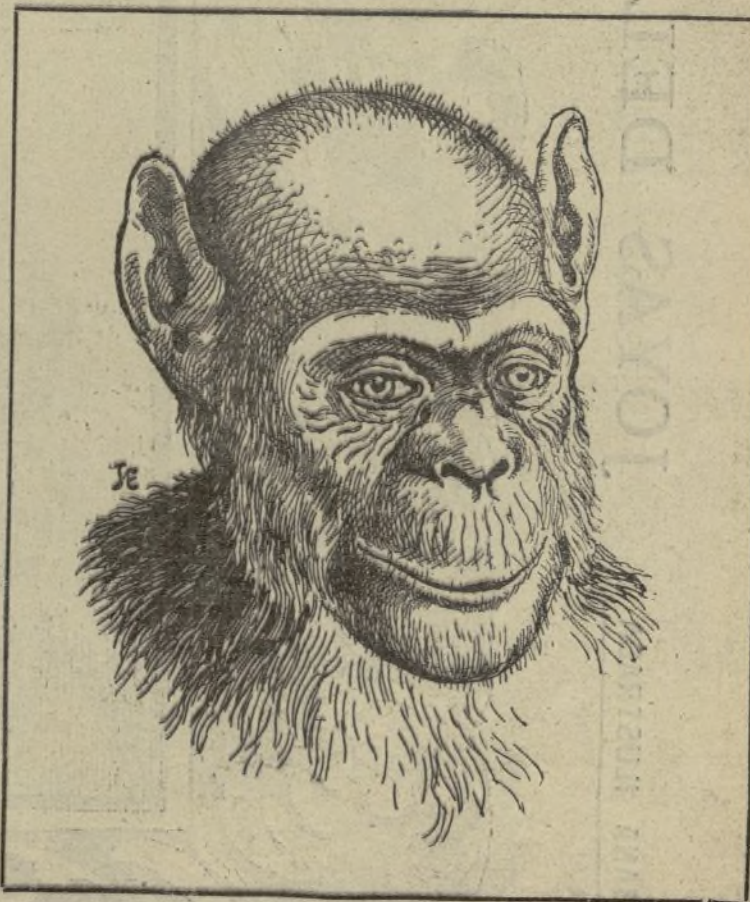
Gorila gigante.

páginas de LA SEMANA ILUSTRADA.

En esta época de efusión científica, las teorías darvinistas han llegado a alcanzar gran popularidad. Ellas se basan en el concepto que sobre la materia ex profeso Lamarck afirmando lo siguiente:

la noticia publicáronse fotografías que tuvieron un gran éxito de risa.

El hombre mono, el «eslabón» que enlaza a la humanidad con sus antepasados simioscos, no es más que un chimpancé vulgar, que murió a cada uno de una enfermedad de los huesos.



Chimpancé.

Los dos sabios debemos las más curiosas lecturas tratando del particular, que esbozamos en estos míseros renglones.

Examinemos rápidamente las teorías del naturalista alemán Haeckel, reconoce como el primero de los seres vivientes

empeñan en quitar a Adán y a Eva la orgullosa gloria de ser los padres primeros de la humanidad, que no ha de traicionar nuestro tiempo sin que un nuevo encuentro vuelva a poner sobre el tapete la intrincadísima cuestión de nuestro verdadero origen.



LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN.- Cuadro de Bartolomé Esteban Murillo.

LA GRACIA DEL MUNDO

RESUMEN DE CUANTAS NOTAS VERDADERAMENTE CÓMICAS SE PUBLICAN EN LOS PRINCIPALES PERIÓDICOS FESTIVOS DE ESPAÑA Y DEL EXTRANJERO

¿ES CIERTO QUE EL BUEN HUMOR ESTÁ EN CRISIS?

Puede el lector contestar á la anterior pregunta, viendo con asiduidad esta sección de LA SEMANA ILUSTRADA

DIRIGIBLES Y AEROPLANOS



—Juanito, mira resuelto el problema de la aviación. Una señora más pesada que el aire, con un globo menos pesado que el aire.
(Le Rire.)

RECURSO SUPREMO



Montaje especial que el astuto Don Simón acaba de inventar para sus gemelos de teatro.—(Le Pêle Mêle.)

ENTREVISTA DIPLOMATICA



Clemenceau —Hablemos de Marruecos.
Eduardo II.—Hablemos de París.—(Le Rire)

PASEO INTERRUPTIDO



Hasta ver si se le pasa el mal humor á mi esposa pasearé por el jardín, junto al salto de agua.

—¡Imbécil! ¿No ves que me estropeas el sombrero nuevo?
(Le Rire.)

En la escuela.



El alumno de la derecha ocupará el puesto que el día anterior tenía el de la izquierda. Así, las cuatro orejas podrán adquirir un desarrollo igual.

La sorpresa de Augusto.



Por divertirse con el tonto, sus compañeros simulaban prepararle un banquete.



Cuyos manjares hacen desaparecer instantáneamente á la vista del asombrado payaso.
(Rions.)

LA ESCOPETA PORTAMONEDAS



Don Braulio ha dicho á su esposa que sale de caza.



Mas como su verdadero objeto es ir de pesca, adquiere unas piezas muertas.



Que paga religiosamente al vendedor.



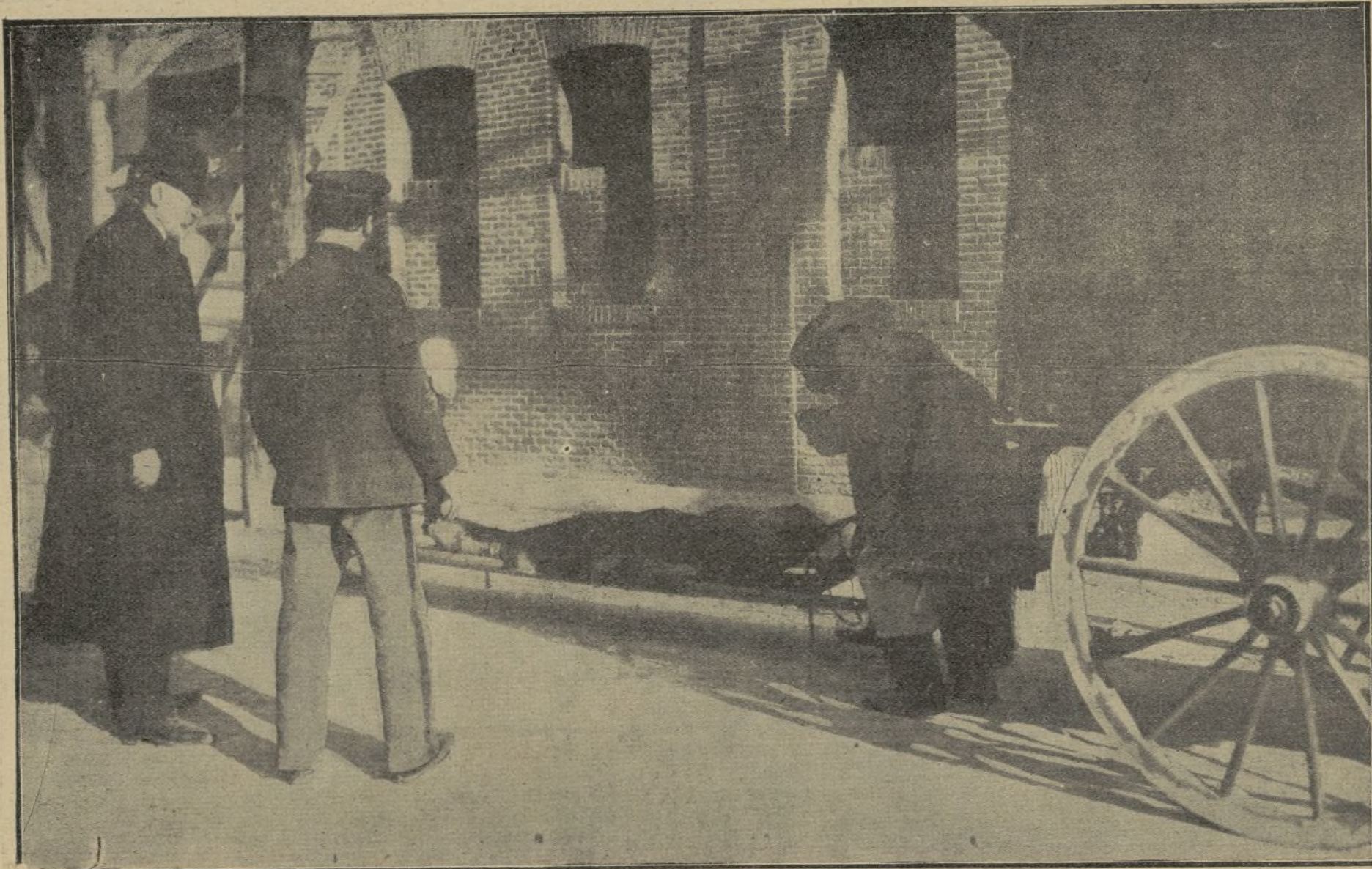
Sacando el dinero de la escopeta que sólo usa como portamonedas.—(Qui lit rit.)

Especialidad en retratos de niños



Mira, nene. Fijate en este caballero.
(L'Epatant.)

Hospitales y epidemias.---Estragos del tífus exantemático y de la viruela en Madrid.

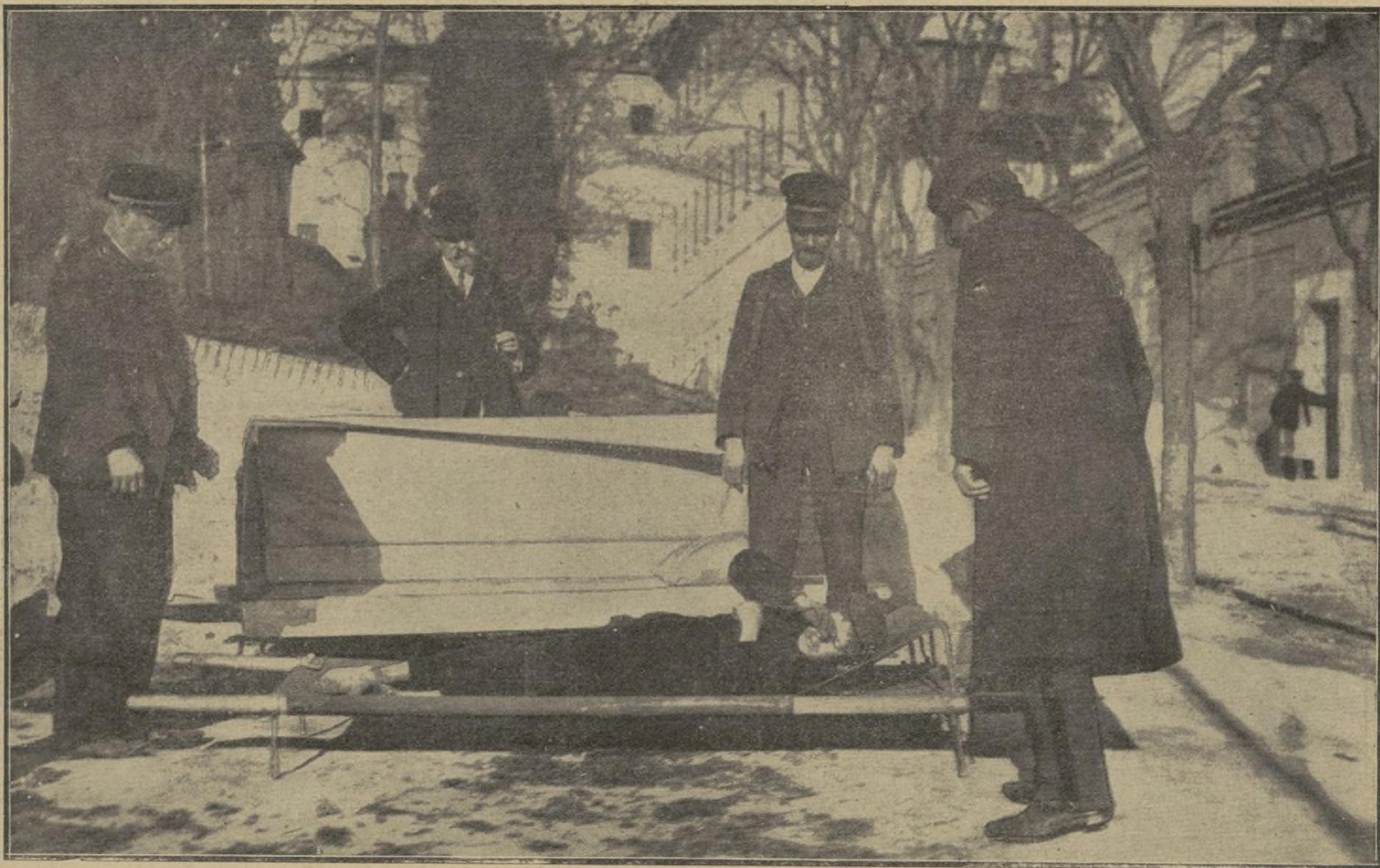


TRASLADO DE UNA ENFERMA TÍFICA DEL HOSPITAL PROVINCIAL AL DE SAN JUAN DE DIOS



ACTO DE COLOCAR EN EL COCHE DE DESINFECCIÓN DEL LABORATORIO Á LOS ENFERMOS CONTAGIOSOS QUE SE TRASLADAN DEL HOSPITAL
(Fotografías Alfonso.)

Las salas del Hospital provincial son insuficientes para albergar tanto enfermo.



UN VARIOSO EN EL MOMENTO DE SER TRASLADADO DE LA CAMILLA DE LA CASA DE SOCORRO Á LA DEL COCHE DE DESINFECCIÓN



LOS CAMILLEROS DEL COCHE DE DESINFECCIÓN DEL LABORATORIO MUNICIPAL TRASLADANDO Á UNA ENFERMA DE TIFUS EXANTEMÁTICO

(Fots. Alfonso.)

Ayuntamiento de Madrid



FOTOGRAFÍA ÍNTIMA DE BLASCO IBÁÑEZ, AUTOR DE LA NOVELA «LOS MUERTOS MANDAN», QUE ACABA DE PUBLICARSE. EL INSIGNE ESCRITOR ES SORPRENDIDO POR LA INSTANTÁNEA EN EL JARDÍN DE SU CASA EN COMPAÑÍA DE SU SEÑORA É HIJA (Fotografías Alfonso.)



FOTOGRAFÍA ÍNTIMA DEL EXCMO. SR. D. TORCUATO LUCA DE TENA, QUE ACABA DE SER AGASAJADO CON UN BANQUETE EN EL TEATRO DE LA ZARZUELA POR SU NOMBRAMIENTO DE SENADOR VITALICIO

NOVELA CORTA DE LA SEMANA.—En las planas primera, segunda y tercera del número próximo:

LA VIDA ROTA

preciosa narración de José Francés.

JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO.—En la doble plana central, á todo color, del número próximo:

EL BOBO DE CORIA

maravilloso cuadro de Diego Velázquez de Silva.



Ejercicio de los puños para una persona sola.

Conforme se va adquiriendo el hábito de estos ejercicios, distraídos al mismo tiempo que fortificantes, debe prolongarse su duración particularmente hasta hacerlos durar un cuarto de hora cada día.

El primero y el más sano de los ejercicios preliminares que recomiendan los profesores de jiu-jitsu, es como sigue:

Dos discípulos se colocan uno enfrente de otro, á la distancia de un metro.

Se cogen de las manos, y enlazando fuertemente sus dedos, se dejan caer hacia adelante de manera que los pechos se toquen.

El ejercicio es de resistencia de los músculos pectorales y consiste en hacer fuerza con la cavidad torácica á fin de lograr que recule el adversario. Cada repetición no debe durar más de tres minutos, y no es conveniente hacerlo sino tres veces á lo sumo, porque se trata de un ejercicio muy cansado y penoso, pero que procura á los brazos, á las piernas, al corazón y á los pulmones elasticidad y fuerza.

Para ejercitar sólo los brazos, hay muchos ejercicios. Dos discípulos extienden su brazo derecho apoyándose en las



Ejercicio de resistencia del brazo.



Ejercicio de los brazos, le las piernas y sobre todo del pecho



La campana. Propio para el desarrollo de los músculos lumbares.

Ya la hemos indicado como bebida, aunque sin pretender forzar el estómago de los occidentales, á que consuman, como se hace en Oriente, cinco litros diarios.

Es evidente que este verdadero baño interior no puede ser más saludable.

Dudamos, sin embargo, que muchos pueblos de Europa se decidan á practicarlo corrientemente.

Regla absoluta que precisa mencionar, es la de que jamás los japoneses beben agua helada, aun en las épocas de más calor.

A causa del uso que hacen de los baños fríos y calientes, conservan el organismo á una temperatura igual, preservándolo del reumatismo, enfermedad casi desconocida en el Japón.

Los nipones, aun los que pertenecen á modestas esferas, toman dos baños diarios, y en ocasiones, tres.

Allí se baña uno á todas las horas del día y de la noche, en los patios de las casas, en grandes piscinas públicas, á la vista de todo el mundo, sin falsos pudores ni mentirosas vergüenzas, origen casi siempre de malicias que en el Japón no se piensan.

Es, sobre todo, en invierno cuando toman baños fríos, á modo de reactivo. Muchos buscan, para bañarse, las riberas



«Truc» empleado por la policía japonesa para someter á un preso que se rebela.

de los ríos helados ó se revuelcan en la nieve para después entrar en calor aplicándose un vigoroso massage.

En todas las ciudades y pueblos del Japón existen baños públicos que no tienen más que una piscina y en donde se bañan hombres y mujeres juntos



LOS HERMANOS CUI VA, ESCRIBIENDO SU OBRA «AQUÍ HASE FARTA UN HOMBRE», PREMIADA EN EL CONCURSO DEL «HERALDO» Y ESTRENADA CON RUIDOSO ÉXITO EN EL TEATRO ATOLO
(Fot. Enrique)



LA CUPLETISTA ANTONIA CACHAVERA CON LA ORIGINAL «TOILETTE» QUE LUCIRÁ EN EL BAILE DE «LA BAGATELA» ANUNCIADO PARA EL DÍA 11 EN EL TEATRO DE LA ZAPUELA



Ejercicio de resistencia para una sola persona.

La civilización de Europa, llevando á Oriente muchos de sus prejuicios, ha logrado que empiece á desaparecer esta costumbre igualitaria, y ahora las mujeres se bañan aparte.

Una costumbre salvadora libra á los japoneses de los graves riesgos de una insolación.

Consiste en sumergir la cabeza en agua antes de salir de casa, y en el curso de sus paseos, en el primer arroyuelo ó fuente que hallan, repetir la operación.

La receta es fácil y en todo caso poco complicada. No puede producir mal ninguno y sí mucho bien.

El aire también juega un papel muy importante en la higiene preconizada por los japoneses. En Oriente no existen los temores á las corrientes de aire, de que tanto procuramos librarnos en Europa. No se tiene miedo al relente ni al invierno mismo, considerándose saludable todo aire exterior.

La costumbre japonesa es tener las habitaciones abiertas á todos los vientos. No obstante, las fluxiones de pecho, como los reumas cerebrales, son enfermedades desconocidas en aquellos países.

Acaso por lo raros que son los constipados es por lo que en Oriente no se usa apenas el pañuelo. Sirven de unos cuadrados de papel



Ejercicio de resistencia de las piernas.

de seda que, claro está, no usan más que una vez, tirándolo en seguida, en lugar de guardar cuidadosamente las destilaciones de la nariz, como se hace en la civilizada y vieja Europa.

Para poner en práctica estas reglas de higiene, no hay necesidad ninguna de hallarse en el Japón. Lo mismo podemos hacer en Madrid que en Tokio.

Mas fuera preciso para ello que lográramos desterrar la pazguatería de muchos de nuestros tradicionales hábitos, eternos y ridículos convencionalismos de la costumbre hecha ley.



Ejercicio de los músculos dorsales y de puño contra puño.

Hemos pasado revista á la serie de ejercicios fortificantes de los miembros que pueden transformar en alumno formal al aspirante á discípulo de jiu-jitsu.

Hablemos ahora de los ejercicios preliminares. Son muchos y se dirigen á ejercitar los músculos, pero con mesura, á fin de que los futuros luchadores no sientan la fatiga en su época de aprendizaje.

Uno mismo puede practicar por sí solo ejercicio de puños, oprimiéndose uno contra otro, haciéndolos pelear, ensayando la lucha.

Crúcense los brazos, como indica la figura, haciendo gravitar con fuerza una muñeca sobre la otra, ambas por la parte de adentro, ejecutando estos movimientos sin elevar mucho los brazos.

COSAS=DEL OTRO JUEVES



por ella, sus guñapos prestiferos; por bandera, un pañal sucio cargado de una escoria har- ta de desahancar albañales; por música una estridida combi- nación de lata-tep-tróico, y por aclamaciones, desver- güenzas y blasfemias.

Disminuye también el núme- ro de comparas de tullidos y trucidados, y con ellos la trágica paradoja de sus ari- quines- cas dolores, que partía el alma.

En cambio aumenta el núme- ro de coches engalanados, de carrozas suntuosas, de disfraces elegantes, y las fiestas de Momo van, insublemente, convirtiéndose en verdaderos concursos artísticos. A los cua- le asiste como espectador el pu- blo bajo, va más refiado en sus costumbres, y se so- aza con la contemplación de la be- lleza y aclama a los triunfadores del buen gusto y del ingenio.

Si el pueblo español progre- sase en todo tan rápidamente como va progresando en la eu- ropización de sus fiestas carna- valescas, habría que convenir en que estamos a dos pasos de la regeneración nacional tan esperada.

Sevilla, Cádiz, Málaga, Va- lencia, Santander, San Sebas- tián y otras muchas provincias celebran ya Carnavales que, salvo la mayor ostentación, pueden en delicadeza artística y buen gusto competir con los tradicionales de Niza y de Ve- necia.

Hemos empezado a tomar las cosas en serio por el Carnaval, reinado de las bromas; es un contrasentido más que acredita nuestro nacional paradijismo.

En cambio seguimos toman- do a broma las cosas serias.

Indudablemente somos un país de filósofos.

Otra observación me sugiere el Carnaval: la de que los disfraces representan la satisfac- ción pueril por la fantástica de las reconditas aspiraciones de quienes los llevan; todo el que se disfrazase desearía ser aquello de que va disfrazado y prove- chan el efímero reinado de la

ficción carnavalesca para con- seguirlo.

¿Véis tal muchacha que adop- ta como disfraz el traje de un personaje de una zarzuela en boga? Pues tras de él se oculta una vocación de primera tiple.

Levántala careta de un dis- frazado de general, y es algún sa- gento licenciado o algún alumno fra- cado de las aca- demias militares.

¿Véis aquí la disfrazada de *Maime Pompadour*? Pues da- ría cualquier cosa por estar en Versalles aguardando la cita de un magnate.

Y, conocí en un baile de trajes a una *Oseía* que, años después, se arrojó al estanque del Retiro.

De *Julista* se disfrazó otra muchacha que poco tiempo des- pués metía al novio en casa por la ventana.

El que se viste de *Trovador* tiene en casa, seguramente, sin publicar un libro de versos.

Todos los que se disfrazan de payasos, son chicos de buen hu- mor que se las dan de graciosos.

Huid de los contrabandistas; acabarán siendo usureros.

Si *La Cierva* se disfrazase, lo haría con el manto y la lira de Nerón.

Mura preferiría el manto del *Júpiter conservador* y tendría a *Azorín* a su diestra en calidad de águila.

No hay qué decir de lo que se disfrazaría *Cambó*: de *Vífredo*

el Balloso. Todo el mundo se disfrazaría de lo que mejor re- presente o encierne sus aspira- ciones.

Desconfiad de los mujeres dis- frazadas de hombres y de los hombres disfrazados de muje- res, porque la mayor propiedad y amoldamiento de sus trajes, son síntomas alarmantes.

Yo no me disfrazé más que una vez en mi vida y me dis- fracé de gato.

Muchas veces en mi vida he sentido no serlo.

Tiene una señorial indepen- dencia que bien merece la pena de comer ratones.

EL SASTRE DEL CAMPILLO.
(Dibujos de TOVAR.)





Originales propiedad del «NEW YORK HERALD»

Impreso en máquina rotativa especial para colores.—Establecimiento tipográfico de EL IMPARCIAL, Mesonero Romanos, núm. 31. Madrid.